

Reflexión del día. (22 de abril de 2020) Evangelio: Juan 3, 16-21

Buenos días: Seguimos en casa y seguimos compartiendo el camino en este tiempo de Pascua, este tiempo de descubrir a Jesús Vivo y Resucitado y descubrir la Vida, la alegría, el consuelo, la paz... sí, sí, también en la realidad que estamos viviendo, porque Él está, no nos deja solos; Y como a sus discípulos también se nos hace presente, y con su Palabra y en la vida cotidiana nos sigue invitando, recordando y enviando a “nuestra Galilea” donde hoy, también, le podemos encontrar, reconocer, anunciar...porque, pase lo que pase en el mundo, en nuestro entorno más cercano, hay algo que no cambia: que **Dios nos ama y su amor no se separa de nosotros.**

El Evangelio de hoy nos lo vuelve a recordar: *Dios nos ama, nos ama tanto...que entregó a su Hijo para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga Vida, Vida en plenitud* **Nos entregó a su Hijo, no para juzgarnos, sino para amarnos, para darnos vida; no para dejarnos en las tinieblas sino para ofrecernos caminar en la luz. Y nos invita a creer en Él, a acoger el amor, a caminar y obrar en la verdad y acercarnos a la luz ...**

Dios nos amó tanto... y esa es la experiencia de amor que nos compartió Jesús; Jesús, el Dios con nosotros, nos mostró con su vida entregada hasta el final cómo es ese rostro de Dios, Padre-Madre, cómo su amor es compasivo y misericordioso, un amor que sana, alivia, pone en pie, libera, consuela, perdona, acoge, abraza a todos, especialmente a los últimos, a los más vulnerables, necesitados, excluidos... es un amor gratuito, solidario, entrañable, que da Vida. Así lo hizo, así amó Jesús, así nos invita a nosotros a dejarnos amar por ese amor y a hacerlo realidad entre nosotros, con gestos de cercanía, de acogida, de ayuda, de amor.

La Palabra del Evangelio también nos invita a acoger la luz en cada uno de nosotros y en nuestro mundo *“la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz. Porque todo el que obra el mal ...no se acerca a la luz para no verse acusado por sus obras...el que obra la verdad se acerca a la luz”.*

Acoger la luz, hacer verdad y luz en nosotros es también reconocer nuestras sombras, ver si nuestra vida, nuestras obras, nos conducen a la luz, al amor, o nos llevan a las tinieblas, nos separan del amor. Y desde la verdad que reconocemos en nuestra vida, dejarnos iluminar, dejarnos mirar con la mirada de Dios, y dejarnos perdonar, dejarnos amar y sanar por su luz, por su amor, por su vida.

Así, también, aprender a mirar nuestro mundo con su mirada, a reconocer sus sombras y poner nuestra parte de la luz del amor, de la vida que Él nos regala y que, hoy, de modo especial quiere regalar en nuestro mundo tan necesitado de curación, de paz, de luz, de esperanza. Abrirnos a la luz en nuestro mundo es mirar más allá de lo que aparece y reconocer también lo que hay de luz, de vida, de amor. No nos faltan gestos de tantas personas que cada día se desviven, cuidan, dan calor a los corazones, animan la esperanza, saben regalar vida.

Necesitamos que Jesús Resucitado aumente nuestra fe. Agradecemos su amor, y tanto amor que reconocemos y compartimos con tantas personas que, en medio del dolor, de las sombras y dudas, confían y se comprometen en buscar caminos para hacer este mundo más humano, más solidario, más de acuerdo con el proyecto de Dios, un proyecto de amor, de ternura entrañable y de Vida abundante para todos.